

Ana Isabel Villanueva  
Mariella Fernández

Nevó durante toda la tarde. Por fin paró un poco y salí a la calle pero no había forma de caminar sin dejar huellas. Me encontrarías. Entonces llegó ella, con su flamante coche rojo y oliendo a mujer barata. Entró en tu casa por la puerta principal y yo aproveché las rodadas de su coche para alejarme. Puse cuidado en tapar la nariz con un pañuelo para que no cayeran las gotas de sangre sobre la nieve.

Dejó de sangrar mi nariz y ya no sentí necesidad de cargar el pañuelo y lo solté en medio de la nieve.

Sentí curiosidad y no dudé en regresar a ver lo que algún día quise que fuera mío.

Cuando entró, se quitó el abrigo y lo dejó en la entrada. Tú la esperabas frente a las escaleras con los brazos abiertos. Lo noté en tus ojos, algo te preocupaba, era yo. Cuando la abrazaste, buscaste si quedaba algún rastro mío y cuando te libraste de cualquier sospecha, la soltaste.

Se fueron hacia la cocina y ella te contó de su día y tu la ignorabas, pero ella nunca lo notó y empezó a cocinar. Te levantaste y fuiste por una botella de vino, la querías distraer, supongo.

Ella, sin ver la preocupación que había regresado a tus ojos, te agarró y te besó con pasión.

Sentía que el frío se metía por mis huesos, mis zapatos estaban ya mojados, pero no lo había notado porque estaba distraída con tu falsa historia de amor. Mi nariz empezó a sangrar otra vez. Mi cuerpo no se acostumbraba al frío todavía.

Se oscurecía, perdí la noción del tiempo. Sentía que habían pasado tan solo cinco minutos, era imposible. Sentí necesidad de saber cuanto tiempo había desperdiciado.

Mi reloj no estaba, mi reloj se había quedado dentro junto con mi pulsera de brillantes.

De pronto, la comida y la botella se había acabado, ella con una mirada seductora, te dijo que fueran al cuarto sin una sola palabra. Tú sin pensarlo dos veces la seguiste. Ya

no podía ver nada, el segundo piso estaba fuera de mi alcance, y solo llegué a escuchar un grito y a ver como ella bajaba las escaleras enfurecida.

Mi reloj y mi pulsera, en menos de un minuto, acabaron con tu fantasía. En ese momento temí que nunca más me quisieras volver a ver y una lágrima rozó mi mejilla instantáneamente. ¿Acaso era que yo estaba enamorada de ti? O ¿acaso solo temía de que lo cotidiano acabase por mi propia culpa de descuido?

Tu bajaste unos cuantos minutos después, con lagrimas en los ojos, y repentinamente empecé a reír, a reír a carcajadas. No podía parar de reír y no entendía por qué, tú llorabas, ella se había ido y tú no me llamabas todavía. Era el momento para entrar y sentirme apreciada por un momento, pero no. En lugar de hacer eso, reí sin control.

Tal vez era que me daba satisfacción que tu sintieras lo que yo algún día sentí contigo, tal vez es que me causaba gracia como se había acabado toda tu felicidad en tan solo dos minutos, algo que te había costado formar por más de seis años.

En ese momento fue al fin cuando mi cuerpo dejó de sufrir por el frío, sentí que era una mujer nueva. Todo el miedo, y la inseguridad se fueron, tú me las quitaste. Ya era tarde, me di la vuelta, vi el pañuelo en el piso lleno de sangre, no merecías tener un solo recuerdo de mí y lo recogí de la nieve, sin volver la mirada caminé, y jamás regresé. No era una mujer nueva, era yo, la misma de siempre, la que se ocultaba cuando tu estabas, yo, la mujer de ayer, la mujer de siempre.